

Eugenio Florit: una rama de aire que se mece

EN LA POESÍA DE EUGENIO FLORIT HAY UN CONSTANTE estar alerta, una intención de recoger, como granos de una mazorca cósmica que frente a nosotros se desgrana, los signos que trenzan y explican la correlación hombre-Naturaleza. Dios, universo, mar, caracola y, en medio de todo, el hombre, que busca su lugar, define su sentido, ¿qué es él para aquello? ¿qué es aquello para él? ¿quién tira de los hilos que le mueven a él y a lo otro? ¿qué se esconde tras las perecederas formas de lo conocido? De este infatigable interrogar en los cifrados arcanos de la Naturaleza mana un grueso segmento de la poesía de Florit. Son modélicas sus décimas de *Trópico*, composiciones como finas damiselas criollas, ceñidas de encajes y abanicándose en la suculenta luz insular. Nacen estas espinelas de una percepción inteligente de la naturaleza tórrida. No puede uno abstenerse de trazar un símil con los *haikus*, esas cristalizaciones de la humanidad que armoniza con la naturaleza. Tanto sus décimas como los *haikus* surgen de la intención de hallar el nexo vital que reúne y asocia lo natural y lo humano. No obstante, mientras en los *haikus* prima la simultaneidad de opuestos: lo vivo y lo objetual, lo dinámico y lo estático, en las décimas late primordialmente la correlación de lo momentáneo y lo perenne, lo humano y lo natural, la naturaleza y lo que Lezama nombrara la *sobrenaturaleza*. Compárese el *haiku* de Basho:

Arrozales bajo la lluvia.
Las doradas espigas
tristemente se ennegrecen.¹
Con la décima de Florit:

¹ Matsuo Basho. «Haikus», Revista *Opción*, no. 1, C. Habana, 1987.

Vi desde un pico de sierra
 —con mi soledad estaba—
 como el cielo se aprestaba
 a caer sobre la tierra.
 Nubes de color de guerra
 con fuego en las entrañas
 hundían manos extrañas
 en las ceibas corpulentas
 y la brisa andaba a tientas
 rodando por las montañas.²

Omítanse los dos primeros versos y, al ganar el poema en reticencia asiática, se apreciará mejor la semejanza.

El hombre que tiene un concepto menos empaquetado y perentorio de la vida y, por el contrario, ansía exhumarle sus oros no visibles, su esencia sobrecogedora, que estira sus dedos a rozar la otredad, que hurga en el reverso de esta moneda corriente, el subsistir, no puede ser un enajenado, un apoltronado, sino forzosamente un explorador, un individuo apercebido para el asombro, un viajero como las aves o las olas, que se guían por las pulsaciones del cielo. Hay un derrotero trazado desde el hondón del firmamento, desde el aleph donde se licua lo perecedero en lo trascendente, por lo que el nauta de espíritu, ola vivísima, debe permanecer con el oído presto para la sintonía con «el ruido que están haciendo frente a ti los mundos / que no se ven...».³ Porque existe una zona turbia, no ganada por la diafanidad, un limbo entre el día y la noche, lo visible y lo esotérico, lo conocido y lo ignoto, fisura por donde se penetra en la sobrenaturalidad. Es el «punto feliz riendo, llamándose / con el abrazo abierto de siempre».⁴

¿Qué es el espíritu sino un vuelo de ansias, estela de humo que enlaza mundos? Ese ser desterrado, precario por constitución, que es el hombre, anhela estar aquí y, a la vez, poderse mirar desde la otra orilla, poder escudriñar la cruda entretela de sus días. Se desvela por charlar con la Naturaleza, cuyos jeroglíficos se articulan de eternidad mientras él barrunta fonemas que se extinguen. El hombre sufre esa superación de la Naturaleza, constituida para ser y permanecer, mientras que él no más fue soplado para pasar y consumirse. Por lo que el hombre es nostalgia y sueño en tanto la Naturaleza es existencia y eternidad. Existencia, nostalgia, sueño, eternidad, barro con que amasa Florit la alfarería de sus poemas.

Una y otra vez, el poeta muestra el nervio de su ansia de lejanía, de imposible, de perpetuidad. Sus predicados están imantados de olas que crecen y saltan en una indetenible peregrinación, de viento que corre e hincha las velas

² Eugenio Florit. «Vi desde un pico de sierra», *Antología poética...*, p. 32.

³ *Op. Cit.*, «Radioastronomía», p. 151.

⁴ *Ibid.*, «La única», p. 71.

de galeras romanas y mece los juncos de una laguna cubana, de espacios que se elevan por encima de montañas y nubes al dosel abovedado del cielo, de estrellas que musitan el abecedario del misterio, de cuentas dispersas del rosario milagroso de la niñez, de luces que estallan en el sol, rebotan en los párpados del mar y vuelan donde las nubes. El poeta desea sobrepasarse, ascender por encima de lo ordinario, alejarse de la orilla que lo vara, levitar sobre la roca de su fatalidad. Lo que salva al hombre es su alma y esta es un ala para lo alto, que es el signo de lo definitivo y verdadero: «El ave alta sobre el mar / Alta la nube por el cielo. / La canción en el aire, alta / Y el alma alta por su sueño».⁵

Significativamente, la niñez que pernocta en sus poemas es una circunstancia donde el infante se desempeña en alcanzar una altura, una distancia, una otra edad —¿otredad?—. Es subir al desván para hallar las figuritas de un nacimiento pascual. Es escalar a la cima de una montaña donde sobrevuelan las águilas. Es empinarse para poder bailar sonos de hombre. Es ir «allá», al reino del saber que le muestra el maestro Rosa. Es familiarizarse, tras el índice del padre, con el distante rebaño de estrellas. Es ir por las mariposas, aprender el camino que abre la proa de un barco, adentrarse en el mar lejos del hogar. Siempre un ir hacia, un subir hasta. El hombre permanece toda la vida un niño, primero en la infancia del ser, luego en la infancia del devenir.

En este ascender, el alma necesita de una fuerza impulsora, la que obtiene de la reconcentración de las energías del hombre icárico, del provechoso almacenamiento de cada átomo de su disposición mediante el silencio. Silencio que no es inacción, muerte del verbo, sino adentramiento, fecundación de la palabra que late para sí en su estado esencial, incorpórea aún. Semilla de palabra. No es un estado de mudez, sino de germinación. Un ser desde adentro. No un no-decir, más bien un pre-decir, decirse a sí misma. Silencio, fermentación que ovula la palabra. Palabra que se piensa y se inventa a sí misma: silencio. No es casual que este vocablo se derive de otro que se refiere a la muerte, la sombra, los manes, o sea, el complemento, la reflexión, el ánima. Silencio, espíritu de la palabra.

«Revelación que Dios nos hace en un momento / cuando a las cinco de la tarde / todo mi mundo está en silencio...»,⁶ nos describe el poeta la manera en que se le manifiestan los conceptos intangibles. Es la comunicación del ser íntimo y el Universo, interlocución inefable que no necesita de enunciación sino de silencio. Decir que es un callar, un oír. ¿Acaso los momentos más sublimes de comunión del hombre con el Ánima Universal: el éxtasis, el satori, la inspiración, no son actos de —desde el— silencio? ¿No es callando que el alma se encuentra con su Creador? «Tú lo sabes: Que Dios / abre su rosa de invisible fuego / ahora, cuando reina de la altura, / sube tu alma en brazos del silencio».⁷

⁵ Íbid., «Canciones para la soledad», p. 114.

⁶ Íbid., «Asonante final», p. 169.

⁷ Íbid., «El alto gris», p. 135.

Este diálogo de silencio requiere de la soledad. Esta no es exactamente un distanciamiento, una renuncia a la compañía, sino un estar en compañía del otro que me habita. Es un recogimiento, un acercamiento al alma que escucha y susurra, compañía ella que no abandona al ser que la sueña. La soledad es el espacio donde el ser halla su gemelo íntimo, un desasimiento del ruido y el fárrago de lo trivial. El yo aparental se refugia en el yo sustantivo, ese fulgor del mundo de la experiencia y los sentidos que relumbra en lo íntimo, iluminando otro mundo que ya es de él, que ya es él.

Soledad, navegación interior, hacia el uno mismo que armoniza con la «mismidad» otra. Apartamiento del yo con el alma. Estar con lo otro. Soledad que quiebra la otra edad: compañía de lo sublime. Como beneficiosa compañera la concibe Florit: «A veces se la encuentra / en mitad del camino de la vida / y ya todo está bien».⁸ Fiel Ariadna que sabe guiarnos por los laberintos del misterio, reuniendo los fragmentos del ser, para llevarnos a la otra orilla y reintegrarnos a la plenitud. Soledad: unión del uno con su unidad.

Navegando en el Universo mediante el silencio y la soledad, el hombre trata de dilucidar sus enigmas más arduos, entre ellos el del sueño y el de la muerte. El sueño es la tensión que nos catapulta a lo más alto: «Pero los sueños, qué altos / ahora con él sobre las nubes...».⁹ Mientras la realidad y el deseo enraízan al hombre en el instante terrestre, el sueño lo proyecta al firmamento intemporal. Desenvolvimiento de un destino, *big-bang* que lo dilatará hacia el abierto a lo posible. Sueño, prisma para aprehender y desentrañar las aristas de luz que se reúnen en lo desconocido. Es la fuerza del crecimiento.

La vida le es conferida al hombre en herencia, como un vaso roto e insuficiente. Él debe entonces componerlo y repletarlo por medio del sueño. Éste no es únicamente un puente hacia lo que nos excede, también es un proveedor para nuestras carencias y querencias. De todas las criaturas terrestres quizás sea el hombre el único apto para el sueño. Ser que va del sueño al sueño: del sueño de los sentidos al de lo pre-sentido y luego a aquel inacabable donde devenimos sueño de quien nos sueña. Entonces, el sueño ¿es un periplo breve por la muerte? y la muerte ¿es una travesía inacabable hacia el sueño?

Esa constante inquietud de Florit, esa fuga de olas, está persistentemente sombreada por la presencia vivísima de la muerte. La muerte es el vencimiento del sueño, de ese que desovillamos desde esta margen del océano total, tratando de evitar los arrecifes de lo insondable. Es el sueño del sueño. Dejamos de soñar para ser soñados. Pirueta mágica por la que desaparecemos de las formas visibles, como Alicia entrando en la conejera. Gran conejera que desconocemos, pero que nos llama con su misterio. Ese contrapunteo del sueño y la muerte ha sido excelentemente cifrado en ese poema, columna central del soportal de la poesía cubana, junto con «Noche insular jardines invisibles»,

⁸ *Ibid.*, «La compañera», p. 159.

⁹ *Ibid.*, «Momento de cielo», p. 105.

«Palabras escritas en la arena por un inocente», «La isla en peso» y «Últimos días de una casa», ese poema principal de Florit que es «Asonante final».

El ansia pertinaz de conquistar al tiempo nos empuja al sueño, único resquicio por donde puede atisbarse la eternidad. Sin embargo, la muerte viene con su espada y decapita al sueño. Sueño que consume al sueño, «sueño sin sueño», la llama el poeta, y termina por ser la real puerta de acceso a la eternidad. De modo que cada cosa, hasta los sueños, deben ceder ante las alas de la muerte para remontar lo sempiterno. Sólo lo que muere es eterno, porque resucita en otro sueño. La muerte es la única que puede soltar las amarras del tiempo y lanzarnos a ese «viaje sin orillas». Como el amoroso Unicornio: «en las colinas del espíritu / pace feliz el ser sacrificado / libre ya de las fauces que le abrían / vena de rojo ardor en las entrañas. / Libre del tiempo...».¹⁰ La nobleza cristiana del poeta lo convence de que la muerte es una liberación. Un postigo que se abre a la luz definitiva. Una válvula que redime al hombre de deseos, pesares y afanes, lo alivia de su pura esencialidad: «Rosa de los veranos / en íntimo capullo transformada. / A donde iré no irán conmigo / ni rosa, ni dolor, ni amor, ni nada».¹¹

Por este infatigable cabalgar de la muerte por la soleada pradera de su poesía, podría parecer que es la de Florit de médula trágica, un prolongado réquiem. Nada más desatinado. En Florit se enseñoera el mar de la vida. Es movimiento, latido, conmoción, palabra vibrante. La muerte es vida porque sin ella no la hay. Es el ocaso tras el que se echa el sol vital a iluminar otros hemisferios. Es un tránsito inescrutable, un violento meandro donde el río del ser se rinde al mar inextinguible de lo eterno. Oscuridad que estalla en una nueva luz, el poeta la asume con entereza y bondad. Su poesía más que de muerte es de resurrección o de sobrevida. No interesa tanto el punto donde se tuerce esta faena como lo que endereza después: «Toda la muerte caminando / sobre la arena maldecida / para volver a respirar / el humo espeso de la vida».¹²

Eugenio Florit, poeta de lo hispánico y lo americano, perenne navegante entre dos mares de un mismo océano, el de la poesía hispánica, puede ser atendido como un fruto desgajado de las dos ramas más verdes y fecundas de la poesía de este siglo a ambos lados del mar: la Generación del 27 y el Grupo Orígenes.

Aunque es en Cuba donde escribe y publica su primer libro de versos, *32 poemas breves*, no es tiro del azar su aparición en 1927. Contemporáneo de muchos de esa generación, entre ellos Alberti, Cernuda y Altolaguirre, traía Florit el pulso de España en su sangre y, en la memoria, el lenguaje y la médula de la poesía castellana. Había abrevado en los clásicos y los impulsos de la época por aerear la habitación de la literatura lo apremiaban al renuevo. Así, semejantes nutrientes e impulsiones lo enrubaban hacia la nueva poesía.

¹⁰ Íbid., «Al unicornio», p. 81.

¹¹ Íbid., «Para mañana», p. 47.

¹² Íbid., «Nocturno», p. 60.

Tampoco es carambola que Juan Ramón Jiménez haya asumido un padrinazgo intelectual que fulguró desde el prólogo definitorio y definitivo que jubilo- so escribiera para su *Doble acento*. Ya esta asunción pupilar de Juan Ramón lo emparenta con uno de los cauces que acogió el grupo español. Nótanse como armonizaciones entre la poesía floritana y la de los poetas del 27, en primer lugar, el haber clavado el punto de partida para sus denuedos creativos en el ancestro lírico español, de cuyo venero le queda el esbelto ritmo y el esmerado lenguaje. También comparte una consciente preocupación estilística en el diseño de una voz auténtica y moderna a la vez. De este modo, patentizaba, como otros del grupo, un propósito renovador más que revolucionador. Evidencia, así mismo, una sistemática afinidad de temas y conceptos: memoria cultural, estilización de lo genuinamente popular, comunión con la Naturaleza, religiosidad depuradamente íntima, vocación de sueño y libertad. Igualmente compartía intereses y afanes que frutecieron en admirada amistad: Guillén, Aleixandre y Cernuda fueron casos.

Desde otra coordenada, son identificables sus concurrencias con los poetas del Grupo Orígenes. Curiosamente, hay un número de autores que han sido asociados al Grupo a pesar de su exigua impronta en el aluvión creativo de ese. El nombre más notable es el de Gastón Baquero, amigo entrañable y hasta el final de Florit, quien sólo publicara un texto en el primer número de la revista. No ha tenido tal reconocimiento Florit. Sin embargo él publica poemas y traducciones en los números 5, 27, 33, 35 y 38 de la revista, lo que avisa una relación fluida a pesar de su domicilio estadounidense. Pero, desde antes, en los años de fecundación del Grupo, el poeta había compartido labores en *Verbum*, *Nadie parecía*, *Clavileño* y, destacadamente, en *Espuela de plata*, antecedente inmediato de *Orígenes* y en cuyo comité de colaboradores estaba acreditado. Las conjunciones no quedan en el trajín publicístico. Hay hondas sintonías poéticas: indagación en lo original cubano, en su insularidad esencial, una diáfana y explícita religiosidad nutrida del cristianismo prístino, una inclinación a lo trascendente, un atinado empeño de cristalización formal, un enraizamiento en lo más feraz de la tradición poética española y cubana, que guía el impulso renovador de su verso.

Dígase, para cerrar la ofrenda, que la obra de Eugenio Florit es presencia y resumen de lo más fragante que en verso ha florecido el castellano. Textos urdidos de oposiciones dialógicas: universo infinito-ser finito, movilidad-fijeza, cielo-tierra, luz-oscuridad, sueño-muerte, resaltan por la galanura con que se bordan las palabras, la excelencia de sus imágenes, el ritmo sensual que nos late en los oídos y esa expresión de lo inexplicable que nos hace intuirlo aún sin comprenderlo del todo, como un rebote de luz en el agua mansa. La poesía de Florit permanece intocada y lozana, tal cual él imaginara en su verso primoroso: «Una rama de aire que se mece / a la pausa del viento verdadero».¹³

¹³ *Ibid.*, «La poesía», p. 176.